

J. J. BENÍTEZ  
MIS ENIGMAS  
FAVORITOS



Uno de los proyectos más ambiciosos de la extensa trayectoria de Benítez como cronista y notario de lo oculto. Según el autor «el objetivo de esta obra es ofrecer lo más granado de las leyendas y enigmas que, afortunadamente, aún conserva nuestro mundo. Y siempre en el marco de una aventura permanente». Para conseguirlo J. J. Benítez ha recorrido más de tres millones de kilómetros durante veinte años.

*Mis enigmas favoritos* incluye un total de treinta misterios. Entre ellos, los «geoglifos» de Chile, las «estrellas de Chartres», el «túnel de los ídolos» de Costa Rica, el enigma de los «hombres-alados», «el arca de los nommos» de Mali y el valle de «las siete luminarias» de México... En suma, una excepcional antología personal de alguien que conoce a fondo los principales hechos y casos que desde siempre han estimulado la imaginación y la curiosidad de los hombres.

*A mis hijos, Iván, Satcha, Lara y Tirma con la esperanza de que algún día tomen el relevo.*

*¡Queda tanto por «soñar»...!*

## PRÓLOGO

Entre mis numerosos proyectos profesionales contando, claro está, con el beneplácito de la Divina Providencia figura uno largamente acariciado y por el que siento una notable debilidad: «Galaxia insólita». Un proyecto, lo sé, que dada su envergadura resultará poco menos que imposible de rematar. Porque mi idea es mostrar aquellas incógnitas universales y aquellos países y regiones del globo en los que el misterio, la magia o las leyendas hacen del lugar un enclave «insólito». Llevo veinte años preparándome para ello. He recorrido más de tres millones de kilómetros y presiento que ha llegado el momento. Con *Mis enigmas favoritos*, primera entrega de «Galaxia insólita», intento esbozar lo que, en breve, constituirá este apasionante y ambicioso trabajo de investigación a lo largo y ancho del mundo. Sé también que en la presente obra no están todos los que son. Enumerar la legión de enigmas que florece en la Tierra sería como pretender desgranar una playa. Me he limitado a dibujar los que, hoy por hoy, siguen poniendo en pie mi curiosidad y para los que también lo adelanto la Ciencia no ha encontrado una explicación «clara y terminante».

Y alguien se preguntará: ¿y por qué esta irresistible atracción por lo mágico e inescrutable? Entre las justificaciones posibles me inclino por una, apuntada por Víctor Hugo hace más de un siglo: «El arco del infinito está interrumpido —escribe el poeta y novelista francés en *Les travailleurs de la mer*—. Pero lo prohibido nos atrae, a pesar de ser un abismo. Donde el pie se detiene, puede seguir el espíritu. No hay ningún hombre que no lo ensaye, por débil

e insignificante que sea». He aquí la gran razón. El progreso y el avance espiritual están magistralmente sujetos a la curiosidad. ¿Qué sería del ser humano sin enigmas? Corrigiendo a Pascal, este innato deseo de saber no constituye la peor enfermedad. Muy al contrario: ha sido ese excelso don el que ha motorizado la inteligencia.

Para muchos hombres, también lo sé, como para Dostoievski, «son demasiados los enigmas que pesan sobre el corazón humano». Y en mi osadía me atrevo a aligerar la sentencia del genial ruso en *Los hermanos Karamazov*. No son los misterios los que pesan, sino nuestra conmovedora pequeñez. No es el gigantismo cósmico o el irritante silencio que se derrama con la muerte los que nos abruman. Es la todavía frágil y jovencísima inteligencia que nos fue regalada la que puja y se revela, sin admitir que esas incógnitas vienen a ser como los números del calendario. Cada uno es despejado en su momento.

Benditos, pues, los misterios que, como las estrellas, iluminan regularmente nuestra existencia, humillando al engreído y confundiendo al necio. Los enigmas como los sueños provocan la duda, estimulan la imaginación y abren las puertas interiores. Y visibles o invisibles permanecen al acecho o dormidos en el regazo de la Historia, a la espera de una mirada, de una intuición, de un pensamiento o de un propósito. En definitiva, a la manera de un reclamo publicitario en la pared del alma, nos recuerdan nuestra condición de «perpetuos aprendices».

J. J. BENÍTEZ

## PERÚ: EL «BAUTISMO DE FUEGO»

Recuerdo la pampa de Nazca, al sur del Perú, con especial cariño y agradecimiento. Allí, por el año 1974, tuve oportunidad de verificar por mi mismo lo que otros, mucho antes que yo, habían calificado de «colosal jeroglífico». Las famosas «líneas de Nazca» —junto a los ovnis y la no menos enigmática «biblioteca de piedra» de Ica, también en Perú — constituyeron mi «bautismo de fuego» en lo que a investigación de lo insólito se refiere. ¿Cómo no estar reconocido a ese hospitalario y fascinante país andino? Allí se abrieron mis ojos a las «otras realidades». Allí, en suma, osciló la brújula de mi vida, marcando un nuevo «norte», insospechado hasta esos momentos.

Desde entonces he procurado retornar al Perú con regularidad. Y en cada una de mis visitas —casi como un obligado rito— he vuelto a caminar por la ocre y sedienta pampa nazqueña, formulándome los mismos y arcanos interrogantes: «¿Quién trabajó este gigantesco enigma? ¿Cómo fue ejecutado? ¿Por qué?».

Lo he insinuado ya. El presente trabajo no pretende exhaustivamente cada uno de estos misterios. La bibliografía en torno a muchos de ellos es tan magnífica generosa. Mi intención —también lo he mencionado— es «sobrevolarlos», contribuyendo así y en la medida de mis posibilidades a ensanchar el «horizonte interior».

Y es mi obligación adelantar que en estos momentos (enero de 1991) el enigma de Nazca lejos de clarear, continúa sumido en un borrascoso océano de hipótesis y contra-hipótesis. Y ninguna de ellas —como acontece con los

grandes misterios— es mejor ni peor que las restantes. Todas aportan un rayo de luz, pero ninguna reúne la fuerza suficiente para «iluminar» el valle del Ingenio en su totalidad y despejar el secreto de esos cincuenta kilómetros plagados de gigantescas figuras de animales, supuestas «pistas» de aterrizaje y enrevesadas líneas, espirales, triángulos, cuadriláteros y trapezoides.

Creo que la palabra más ajustada es «impotencia». Cuando uno camina por este desolado desierto peruano — con un índice pluviométrico de un centímetro cúbico al año — es imposible percatarse de la magnificencia de lo que ha sido trazado entre el polvo y los guijarros rojizos. Es menester elevarse en un helicóptero o en un avión para «descubrir» la auténtica naturaleza y las dimensiones de este «tablero diabólico». De hecho, fueron los pilotos peruanos — en los años veinte— quienes, al sobrevolar la región, dieron la voz de alerta sobre tan insólito «paisaje». Después, a partir de 1926, los estudiosos han ido desfilando por la pampa, levantando planos, midiendo y examinando las figuras y elaborando toda suerte de posibles «explicaciones». Sin embargo, las noticias sobre la existencia de estas docenas de dibujos se remontan a la conquista española. De ese tiempo, justamente, procede la que podría estimarse como la primera «hipótesis de trabajo» que procuró la solución del enigma. Fue un magistrado español, Luis de Monzón, quien incluyó en sus crónicas —a finales del siglo XVI— la versión unánimemente aceptada por los ancianos indios de la pampa que «reconocían a los viracochas como la causa y motivo que había propiciado la ejecución de las líneas y figuras». ¿Y quiénes eran los viracochas? Al parecer, un grupo étnico minoritario, descendiente del mítico «hombredios Viracocha, llegado de los cielos» y que tuvo a bien «instruir» a una parte de los pueblos andinos. Entre otros, a los nazqueños. Según esta tradición, las plantas, animales, hombres y figuras geométricas dibujados en la pampa habrían sido una «forma de contacto» con esos «dioses» ca-

paces de volar. Algo así como un «homenaje y culto» destinados a «alguien» que tenía el don o la capacidad de «ver desde lo alto». Y aunque estoy convencido que todas las leyendas y mitologías encierran una parte de verdad, esta ancestral creencia no termina de aclarar el «cómo». Me consta que la presencia de seres no humanos sobre la Tierra es antiquísima. Y entra incluso dentro de lo verosímil que un remoto asentamiento hubiera tenido conocimiento y constancia de esas visitas, reflejándolas —a su manera— sobre el desierto. El problema, sin embargo, como digo, no queda resuelto con esta bella y romántica hipótesis. ¿Cómo se logró semejante perfección en los alineamientos y en los dibujos? Ni que decir tiene que no creo en la tesis de los «extraterrestres» como autores materiales de la maravilla de Nazca. Una cosa es que pudieran «provocar» o «inducir» y otra muy distinta que «ejecutaran» el trabajo. Como tampoco acepto la concepción del valle del Ingenio como un grandioso «aeropuerto» interestelar. Después de casi veinte años de investigación sobre ovnis me parece sencillamente ridículo que esas naves prodigiosas necesiten de «pistas» para aterrizar o despegar.

Sí ha habido alguien que ha tratado de demostrar que esas formidables figuras fueron trazadas por los viejos pobladores de Nazca, con el auxilio de cuerdas y estacas. Me refiero, naturalmente, a María Reiche, la «bruja de la pampa». En estos últimos veintisiete años he tenido la fortuna de conversar con ella en diferentes oportunidades, llegando a volar en su compañía sobre el gran jeroglífico. El trabajo de esta matemática alemana, que consagró cuarenta años de su vida al estudio, limpieza y conservación de las líneas, es sencillamente faraónico. Yo la he visto barrer literalmente el desierto, despejando de piedras los surcos que forman las figuras. En honor a la verdad, la investigación de la pampa de Nazca se dividirá algún día en «antes y después de María Reiche». Para esta voluntariosa germana, el valle del Ingenio podría ser el «más grande libro de astro-

nomía del mundo». Una idea que recogió de su predecesor en el estudio de las figuras: el profesor Paul Kosok, de la Universidad de Long Island, quien en 1926 «tropezó» con el «tablero maldito» cuando investigaba los antiguos sistemas de irrigación. Para Reiche, las líneas y figuras constituyen un método de predicción astronómica: solsticios, posición y cambios de las estrellas, etc. Y todo ello —según la «bruja»— con una intencionalidad puramente agrícola-meteorológica-astronómica.

Sin embargo, la admirable labor de María Reiche no termina de convencer. Y así lo expuse en muchas de mis conversaciones con la tenaz alemana. Ciertamente, algunas de las figuras podrían haber sido plasmadas con el concurso de estacas y cordeles. Pero ¿cómo explicar la simetría existente entre dibujos que se hallan a más de dieciocho kilómetros? Los expertos en topografía saben de las enormes dificultades que presenta una obra de esta naturaleza. Por otra parte, ¿dónde están los instrumentos y las herramientas necesarios para la confección de un «libro de astronomía» de semejantes características? Y un último y no menos espinoso reparo a las tesis de Reiche: dada la extrema sequedad del lugar —donde «llueve» una media hora cada dos años—, ¿qué sentido tiene desplegar semejante esfuerzo para escrutar la meteorología o los astros?

Para el astrónomo peruano Luis Mazzotti —siguiendo la línea de Kosok y Reich—, Nazca nos ofrece todo un «mapa estelar», con la configuración de las constelaciones, tal y como fueron observadas desde aquellas latitudes australes hace unos mil quinientos años. Según esta teoría, figuras como las del colibrí, la araña, el mono, la ballena, etc., no serían otra cosa que representaciones idealizadas de dichas constelaciones. Pero ¿y qué decir de las «pistas», líneas y demás formas geométricas?

Lamentablemente, tampoco la hipótesis de Mazzotti viene a resolver el gran problema de fondo: ¿cómo fueron trazadas?

Y otro tanto sucede con las recentísimas teorías aportadas por los astrónomos y antropólogos norteamericanos Anthony Aveni, Gary Urton y Persis Clarkson. «Las líneas rectas más largas —afirman estos científicos— servían quizá para conectar lugares sagrados, marcando los caminos rituales que debían seguirse en las fiestas y ceremonias».

Si fuera así, ¿dónde están los restos de estos templos o lugares sagrados?

Y el enigma sigue en pie, desafiante. Y hasta el momento, investigadores y estudiosos sólo parecen coincidir en una circunstancia indiscutible que, quizá, guarda la clave del secreto: las figuras de Nazca —sólo visibles en su totalidad desde el aire— pudieron ser ejecutadas «para alguien que volaba...».



Situación de Nazca (Perú).



La «araña», de cuarenta y seis metros de longitud.



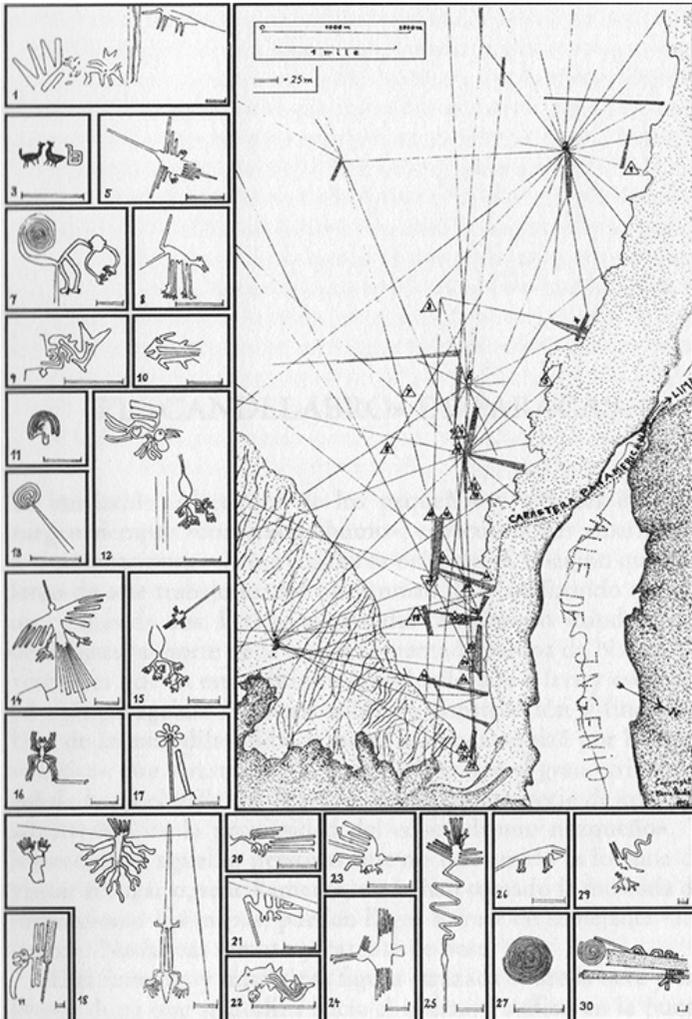
El célebre «mono» de Nazca, una de las figuras más enigmáticas.



En una de las laderas apareció este gigantesco «hombre» de treinta metros de altura. ¿Cuál es su auténtico significado? Nadie lo sabe.



S. M. la reina de España, doña Sofía, escucha las explicaciones de la matemática alemana María Reiche, durante el vuelo de reconocimiento de la pampa de Nazca. (Foto: J. J. Benítez).



El primer mapa de las figuras de la pampa de Nazca, elaborado por María Reiche en 1956.